

# El Premio Nobel de la Paz 2005



concedido al **OIEA** y a Mohamed ElBaradei «por **SUS** esfuerzos por evitar que la energía nuclear se utilice **CON** fines militares y por **garantizar** que la **energía** nuclear destinada a fines pacíficos se emplee de la manera más **segura posible**».

# Un mundo a nuestro alcance

Conferencia Nobel dictada por el Premio Nobel de la Paz 2005,  
Mohamed ElBaradei, en Oslo, el 10 de diciembre de 2005



**Imaginen un mundo  
en el que todo ser  
humano viviera en paz y  
dignamente...**

**en el que resolviésemos  
nuestras diferencias  
recurriendo a la  
diplomacia y el diálogo  
y no a las bombas o las  
balas...**

**si las únicas armas  
nucleares existentes  
fueran las reliquias en  
nuestros museos.**

**Imaginen el legado que  
le dejaríamos a nuestros  
hijos.**

Sus Majestades, Su Alteza Real, Honorables Miembros del Comité Nobel Noruego, Excelencias, Señoras y Señores:

El Organismo Internacional de Energía Atómica y yo nos sentimos honrados, orgullosos, llenos de regocijo y, sobre todo, fortalecidos en nuestra determinación por esta prestigiosa distinción.

Mi cuñada trabaja para un grupo que presta ayuda a orfanatos de El Cairo. Ella y sus colegas atienden a niños que han quedado abandonados por circunstancias ajenas a su voluntad. Proporcionan alimentos y ropa a estos niños, y les enseñan a leer.

En el Organismo Internacional de Energía Atómica, mis colegas y yo trabajamos para mantener los materiales nucleares fuera del alcance de grupos extremistas. Inspeccionamos instalaciones nucleares en todo el mundo para cerciorarnos de que las actividades nucleares con fines pacíficos no sean utilizadas como cobertura de programas de armas nucleares.

Mi cuñada y yo, por distintas vías, estamos trabajando en aras del mismo objetivo: la seguridad de la familia humana. Pero ¿por qué nos ha eludido esa seguridad hasta ahora?

Creo que es porque nuestras estrategias de seguridad no han estado a la altura de los riesgos que afrontamos. La globalización, que ha hecho desaparecer las barreras a la circulación de bienes, las ideas y las personas también ha barrido los obstáculos que confinaban y localizaban las amenazas de seguridad.

Recientemente un grupo de expertos de alto nivel de las Naciones Unidas identificó cinco categorías de amenazas que afrontamos:

- 1 La pobreza, las enfermedades infecciosas y la degradación ambiental;
- 2 Los conflictos armados, tanto internos como entre Estados;
- 3 La delincuencia organizada;
- 4 El terrorismo; y
- 5 Las armas de destrucción en masa.

Todas ellas son “amenazas sin fronteras”, en las que han quedado obsoletas las nociones tradicionales de seguridad nacional. No podemos responder a estas amenazas levantando más muros, fabricando armas más potentes o enviando más tropas. Muy por el contrario. Por su propia naturaleza, estas amenazas a la seguridad requieren principalmente la cooperación multinacional.

Pero lo más importante es que no se trata de amenazas separadas o distintas. Si profundizamos veremos que están estrechamente conectadas e interrelacionadas.

Hoy nos encontramos 1 000 personas en esta augusta sala. Imaginemos por un momento que representamos a la población de

todo el mundo. Estas 200 personas a mi izquierda serían los ricos del mundo, que consumen el 80 por ciento de los recursos disponibles. Y estas 400 personas a mi derecha vivirían con un ingreso inferior a 2 dólares diarios.

Este grupo menos privilegiado de personas a mi derecha no es menos inteligente o menos valioso que sus congéneres del otro lado del pasillo. Simplemente nacieron con este destino.

En el mundo real, este desequilibrio en las condiciones de vida inevitablemente lleva a la desigualdad de oportunidades y, en muchos casos, a la pérdida de la esperanza. Y lo que es peor, con demasiada frecuencia la penosa situación de los pobres se ve acompañada de abusos de los derechos humanos, una falta de buen gobierno y un profundo sentido de injusticia, y a la vez los propicia. Esta combinación crea naturalmente un caldo de cultivo muy fértil para las guerras civiles, la delincuencia organizada y el extremismo en sus diversas formas.

En las regiones donde se ha dejado que los conflictos se intensifiquen durante décadas, los países continúan buscando la forma de compensar sus inseguridades o proyectar su "poder". En algunos casos, quizás se vean tentados a adquirir sus propias armas de destrucción en masa, como hicieron otros que precedieron.

Hace quince años, cuando finalizó la guerra fría, muchos esperábamos el surgimiento de un nuevo orden mundial. Un nuevo orden mundial enraizado en la solidaridad humana, un orden mundial que fuera equitativo, inclusivo y efectivo.

Pero hoy estamos muy lejos de alcanzar esa meta. Podemos haber derribado los muros entre el Este y el Oeste, pero todavía tenemos que construir los puentes entre el Norte y el Sur: entre los ricos y los pobres.

Analicemos nuestro historial de ayuda para el desarrollo. El año pasado, las naciones del mundo gastaron más de 1 billón de dólares en armamentos. Pero aportaron menos del 10 por ciento de esa suma, unos 80 000 millones de dólares solamente, como ayuda oficial para el desarrollo a las regiones del mundo en desarrollo, donde 850 millones de personas padecen hambre.

Mi amigo James Morris dirige el Programa Mundial de Alimentos, cuya tarea es proveer de alimentos a los que sufren hambre. Recientemente me dijo: "Si tuviera sólo el 1 por ciento del dinero gastado en armamentos en el mundo, ninguna persona en este planeta iría a la cama con hambre".

No debería ser una sorpresa entonces que la pobreza continúe generando conflictos. De los 13 millones de muertes debidas a conflictos armados en los últimos diez años, 9 millones ocurrieron en el África subsahariana, donde viven los más pobres de los pobres.

Analicemos también nuestra actitud con respecto al carácter sagrado y el valor de la vida humana. Tras los ataques terroristas de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, todos sentimos una profunda congoja y

expresamos nuestra ira por este crimen execrable, y con razón. Pero muchas personas desconocen hoy que, como resultado de la guerra civil en la República Democrática del Congo, 3,8 millones de personas han perdido la vida desde 1998.

¿Debemos llegar a la conclusión de que nuestras prioridades son sesgadas, y nuestros criterios desiguales?

Con esta imagen en la mente podemos entender mejor la evolución de la situación en el terreno de la no proliferación y el desarme nucleares.

Tres elementos principales caracterizan esta situación cambiante: el surgimiento de un extenso mercado negro de materiales y equipos nucleares; la proliferación de armas nucleares y tecnología nuclear estratégica, y el estancamiento del desarme nuclear.

Hoy, ante una globalización que nos acerca cada vez más, si decidimos ignorar las inseguridades de algunos, pronto éstas serán las inseguridades de todos.

Igualmente, con la difusión de la ciencia y la tecnología de avanzada, mientras algunos optemos por depender de las armas nucleares, seguiremos corriendo el riesgo de que estas mismas armas se hagan cada vez más atractivas para otros.

Estoy convencido de que, si esperamos librarnos de la autodestrucción, las armas nucleares no deberán entonces ocupar ningún lugar en nuestra conciencia colectiva, ni desempeñar función alguna en nuestra seguridad.

Para ello, debemos asegurar, absolutamente, que ningún otro país adquiera estas armas mortíferas.

Debemos procurar que los Estados poseedores de armas nucleares adopten medidas concretas para el desarme nuclear.

Y debemos instaurar un sistema de seguridad que no se base en la disuasión nuclear.

¿Son estas metas realistas y asequibles? Creo que sí. Pero para ello es preciso adoptar tres medidas con urgencia.

Primero, mantener los materiales nucleares y radiactivos fuera del alcance de grupos extremistas. En 2001, el OIEA, junto con la comunidad internacional, emprendió una campaña mundial para fortalecer la seguridad física de esos materiales, mediante la protección de las instalaciones nucleares; el mantenimiento en condiciones de seguridad de las fuentes radiactivas de alta potencia; impartiendo capacitación a los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley; y controlando los pasos fronterizos. En cuatro años, concluimos quizás el 50 por ciento del trabajo. Pero esto no es lo suficientemente rápido, ya que estamos en una carrera contra el tiempo.

Segundo, hacer más estricto el control de las operaciones de producción de materiales nucleares que podrían ser utilizados para armas. En el sistema actual, todo país tiene el derecho a desarrollar operaciones para usos civiles.

Pero al hacerlo, también controla las etapas más difíciles de la fabricación de una bomba nuclear. Para superar este problema, espero que podamos lograr que esas operaciones adquieran un carácter multinacional, de modo que ningún país pueda tener control exclusivo de este tipo de operaciones. Mi plan es comenzar a establecer un banco de combustible de reserva, bajo el control del OIEA, para que todos los países tengan la garantía de que podrán adquirir el combustible necesario para las actividades que realizan realmente con fines pacíficos. Esta garantía de suministro eliminará el incentivo, y la justificación, para que cada país desarrolle su propio ciclo del combustible nuclear. Seguidamente podríamos acordar una moratoria sobre nuevas instalaciones nacionales, y comenzar a trabajar en mecanismos multinacionales para el enriquecimiento, la producción de combustible, la disposición final de desechos y el reprocesamiento.

## ¿Cómo creamos un entorno en el que las armas nucleares, al igual que la esclavitud o el genocidio, sean consideradas un tabú y una anomalía histórica?

También tenemos que fortalecer el sistema de verificación. Las inspecciones del OIEA son el elemento primordial del régimen de no proliferación nuclear. Para poder actuar con eficacia, es indispensable que seamos dotados de las facultades, la información, la tecnología avanzada y los recursos necesarios. Asimismo, nuestras inspecciones deberán estar respaldadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, al que deberá recurrirse en los casos de incumplimiento.

Tercero, acelerar los esfuerzos de desarme. Todavía hay ocho o nueve países que poseen armas nucleares. Todavía existen 27 000 ojivas nucleares. Creo que estas 27 000 están de más. Un buen comienzo sería que los Estados poseedores de armas nucleares redujeran el papel estratégico atribuido a estas armas. A más de 15 años del final de la guerra fría, resulta incomprensible para muchos que los principales Estados poseedores de armas nucleares mantengan sus arsenales en un estado de alerta rojo, lo que significaría que, en el caso de un posible ataque nuclear, sus líderes tendrían solamente 30 minutos para decidir si toman represalias, corriendo el riesgo de la devastación de naciones enteras en cuestión de minutos.

Estas son tres medidas concretas que, en mi opinión, pueden adoptarse inmediatamente. Proteger los materiales y fortalecer la verificación. Controlar el ciclo del combustible. Acelerar los esfuerzos de desarme.

Pero esto no es suficiente. Lo difícil es determinar cómo creamos un entorno en el que las armas nucleares, al igual que la esclavitud o el genocidio, sean consideradas un tabú y una anomalía histórica.

Independientemente de si creemos en la evolución, el diseño inteligente o la Creación Divina, lo cierto es

que desde los albores de la historia, los seres humanos han estado en guerra entre sí bajo pretextos religiosos, ideológicos, étnicos o de otra índole y jamás civilización alguna ha renunciado voluntariamente a sus armas más poderosas. Parecería que hoy en día estamos de acuerdo en que podemos compartir la tecnología moderna, pero aún nos negamos a reconocer que nuestros valores, en su esencia, son valores comunes a todos.

Soy egipcio y musulmán, me eduqué en El Cairo y Nueva York, y ahora vivo en Viena. Mi esposa y yo hemos pasado la mitad de nuestras vidas en el hemisferio Norte, y la otra en el hemisferio Sur. Además, hemos sido testigos directos de la naturaleza única de la familia humana y de los valores comunes que todos compartimos.

Shakespeare alude a cada uno de los miembros de esa familia en El Mercader de Venecia, cuando pregunta: “¿Si nos dan una puñalada, acaso no sangraremos? ¿Si nos hacen cosquillas, no nos reiremos? ¿Si nos envenenan, no nos moriremos? ¿Y si sois injustos con nosotros, no nos rebelaremos?”

Y no olvidemos: No existe religión alguna que se base en la intolerancia, ni religión alguna que no respete el carácter sagrado de la vida humana.

El **judaísmo** nos enseña que debemos valorar la belleza y alegría de la existencia humana.

El **cristianismo** preceptúa que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos.

El **islam** declara que matar a un inocente es como matar a toda la humanidad.

El **hinduismo** reconoce al universo entero como una sola familia.

El **budismo** nos exhorta a valorar la unidad de toda la creación.

Hay quienes dirían que es demasiado idealista creer en una sociedad basada en la tolerancia y el carácter sagrado de la vida humana, en la que las fronteras, nacionalidades e ideologías tienen una importancia marginal. A ellos les diré que esto no es idealismo, sino realismo, ya que la historia nos ha enseñado que la guerra rara vez resuelve nuestras diferencias. La fuerza no sana las heridas, sino que abre otras nuevas.

He hecho referencia a nuestros esfuerzos por combatir el uso indebido de la energía nuclear. Permítanme ahora que les explique cómo esta misma energía se utiliza en beneficio de la humanidad.

En el OIEA nos esforzamos a diario por lograr que las técnicas nucleares y de radiación sean utilizados en todos los continentes en beneficio de la humanidad. En Viet Nam, los agricultores cultivan variedades de arroz con un mayor valor nutricional, desarrolladas con la asistencia del OIEA. En toda América Latina, la tecnología nuclear se está utilizando para trazar mapas de los acuíferos

subterráneos con miras a la gestión sostenible de los suministros de agua. En Ghana se utiliza un nuevo aparato de radioterapia para el tratamiento de miles de pacientes con cáncer. En el Pacífico Sur, científicos japoneses utilizan técnicas nucleares para estudiar los cambios climáticos. En la India se están construyendo ocho nuevas centrales nucleares a fin de suministrar electricidad limpia a una nación en crecimiento — caso que ilustra las crecientes expectativas en cuanto a un mayor uso de la energía nuclear en todo el mundo.

Estos proyectos, y miles más, ilustran el ideal del OIEA: Átomos para la paz.

Pero el creciente uso de la energía y tecnología nucleares también exige que la seguridad nuclear tanto tecnológica como física se mantenga al nivel más alto posible.

Desde el accidente de Chernóbil, nos hemos esforzado por mejorar el comportamiento de la seguridad nuclear en todo el mundo. Y desde los ataques terroristas de septiembre de 2001 nos hemos centrado aún más en la seguridad física nuclear. En ambos frentes hemos creado una red internacional de normas jurídicas y normas de ejecución. Pero el impacto más tangible lo hemos logrado sobre el terreno. Hemos realizado cientos de misiones, en todas partes del mundo, en las que expertos internacionales se han cerciorado de que las actividades nucleares se realizan en condiciones de seguridad tecnológica y física.

Me siento sumamente orgulloso de los 2 300 funcionarios y funcionarias del OIEA y del arduo trabajo que realizan, y comparto con ellos, mis colegas, este honor. Algunos de ellos están hoy aquí conmigo. Procedemos de más de 90 países. Aportamos muchas perspectivas distintas a nuestro trabajo. Nuestra diversidad es nuestra fortaleza.

Nuestra autoridad es limitada. Tenemos un presupuesto muy modesto. Y carecemos de ejército.

Pero armados con la fuerza de nuestras convicciones, seguiremos diciendo la verdad a los que tienen el poder. Y continuaremos cumpliendo con nuestro mandato de manera independiente y objetiva.

El Premio Nobel de la Paz es un mensaje contundente para nosotros, que nos exhorta a perseverar en nuestros esfuerzos en pos de la seguridad y el desarrollo. La paz duradera no es un logro específico, sino un entorno, un proceso y un compromiso.

La imagen que he presentado hoy puede haber parecido algo sombría. Para finalizar, permítanme decirles por qué tengo esperanzas.

Tengo esperanzas porque los aspectos positivos de la globalización están permitiendo a las naciones y los pueblos hacerse política, económica y socialmente interdependientes, convirtiendo la guerra en una opción crecientemente inaceptable.

Entre los 25 miembros de la Unión Europea, el nivel de dependencia económica y sociopolítica ha hecho que la

perspectiva de utilizar la fuerza para resolver las diferencias sea prácticamente absurda. Lo mismo está sucediendo con respecto a la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, que cuenta con unos 55 países de Europa, Asia Central y América del Norte. ¿Podrían ampliarse estos modelos para crear un modelo mundial, por medio del mismo compromiso multilateral creativo y una activa cooperación internacional, en el que los fuertes sean justos y los débiles se sientan seguros?

Tengo esperanzas porque la sociedad civil está cada vez mejor informada y su compromiso es mayor. Está obligando a los gobiernos a cambiar: a crear sociedades democráticas basadas en la diversidad, la tolerancia y la igualdad. Está proponiendo soluciones creativas. Está elevando el nivel de concienciación, donando fondos, trabajando para transformar el espíritu cívico local en uno mundial. Está trabajando para unir más a la familia humana.

Ahora más que nunca tenemos la oportunidad de responder de manera afirmativa a una de las preguntas más antiguas de todos los tiempos. “¿Soy yo guarda de mi hermano?”

Lo que se requiere es un nuevo modo de pensar y de sentir para poder considerar como prójimo al que vive al otro lado del océano.

Por último, tengo esperanzas, por lo que veo en mis hijos y en algunos otros jóvenes de su generación.

Mi primer viaje al exterior fue cuando tenía 19 años. Mis hijos fueron aún más afortunados que yo, ya que estuvieron expuestos por primera vez a otra cultura cuando eran niños, y se criaron en un entorno multicultural. Y puedo afirmar con plena convicción que para mi hijo y mi hija no existen el color, la raza y la nacionalidad. No hacen diferencias entre sus amigos Noriko, Mafupo, Justin, Saulo y Hussam, a quienes sólo ven como seres humanos y buenos amigos.

La globalización, gracias a los viajes, los medios de información y las comunicaciones, también nos pueden ayudar, como lo han hecho con mis hijos y muchos de sus compañeros, a vernos simplemente como seres humanos.

Sus Majestades, Su Alteza Real, Señoras y Señores. Imaginen lo que sucedería si las naciones del mundo gastaran lo mismo en desarrollo que en construir las máquinas de la guerra. Imaginen un mundo en el que todo ser humano viviera en paz y dignamente. Imaginen un mundo en el que derramásemos nuestras lágrimas por igual, ya sea si un niño muere en Darfur o en Vancouver. Imaginen un mundo en el que resolviésemos nuestras diferencias recurriendo a la diplomacia y el diálogo y no a las bombas o las balas. Imaginen si las únicas armas nucleares existentes fueran las reliquias en nuestros museos. Imaginen el legado que le dejaríamos a nuestros hijos.

**Imaginen que está a nuestro alcance lograr un mundo así.**